

CAPÍTULO VII.

Culto.

- I. El pueblo necesita pan, y no fiestas.—II. Podría darse á los pobres lo que se gasta en lujo.—III. ¿Por qué tantas iglesias?

Además de la calidad de los obsequios que en la Iglesia católica se rinden al Señor, á no pocos les parece mal su número y su frecuencia, hallando digna de reprension la multitud de las fiestas, como perjudiciales al trabajo; el lujo en los ornamentos y la multiplicidad de los templos, excesiva é innecesaria; contra todo lo que la Iglesia practica, han formado sus cánones y dichos, que despues despachan muy á prisa. El pueblo necesita pan, y no fiestas. ¿No se podría dar los pobres aquel dinero que se gasta en ornamentos mal perjeñados, de pura pompa? ¿Qué necesidad hay de tantas iglesias, que cuestan sumas tan enormes, bastando, como bastarian, muchas ménos? Diciendo así, no se creen irreligiosos, sino justos, discretos y caritativos con los pobres. Veamos ahora con qué fundamento.

I. *El pueblo necesita pan, y no fiestas.*—¿Es verdad que el pueblo necesita pan más que fiestas? El pueblo necesita del uno y de las otras, segun Jesucristo, porque no vive de sólo pan el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca divina. Necesita pan material, y por tanto trabajar: necesita pan espiritual, y por tanto las fiestas. Como necesita pan material, y la Iglesia lo sabe, allí donde introdujo la costumbre excesivas fiestas, ó las condiciones peores de un país exigieron mayor trabajo, la Iglesia santa no tuvo nunca inconveniente, ni lo tendrá, en compadecer nuestras miserias, proveyendo á las mismas, con tal que sea excitada conve-

nientemente; mas aquel descaro con que se proclama que el pueblo no necesita fiestas, es un insulto á Dios, y tambien al pueblo.

Es un insulto á Dios, porque si tiene derecho á ser glorificado por los hombres, ¿cómo no ha de tener el pueblo necesidad de glorificarlo? Y si para glorificarlo no se le otorga el tiempo festivo, ¿cuándo lo hará? Las personas más desocupadas y ménos ceñidas al trabajo cotidiano para el sustento de su vida, podrán consagrar á Dios algun momento, aún en los dias de trabajo; mas el pueblo, absorbido en fatigas incesantes, quitada la fiesta, no tiene ya modo de pensar en el Señor. Hé aquí por qué decir que el pueblo no necesita de fiestas equivale á sostener que no necesita de Dios.

Es tambien desconocer las ventajas que proporcionan al pueblo los dias festivos. Para todos los hombres aquellos son los dias del Señor, y por tanto queridos rigurosamente por Dios, segun muestran todas las Escrituras, todas las tradiciones de la Iglesia santa, las costumbres de todos los pueblos y la misma razon; tanto, que ántes se hallará un pueblo sin idioma que uno sin sus dias festivos. Dejando estar esto, de que hablan todos los catecismos católicos, ¿qué son las fiestas, más particularmente para el pueblo? Son las que le hacen ser pío y religioso, por no decir hombre. La vida que lleva el pueblo de ordinario, sea en el campo, sea en la ciudad, tiende á embrutecerlo más que otra cosa. Aquella vida pasada siempre en la gleba ó en el taller, le impide cultivar su inteligencia y elevarla á todo lo sobrenatural. En las grandes ciudades, donde fábricas vastísimas emplean un número inmenso de hombres, y los ocupan en un trabajo completamente mecánico, se vuelven aún más groseros y materiales, como lo demuestran las poblaciones manufactureras de Inglaterra, de Bélgica y de Francia. De aquí que la fiesta es para ellos un bien temporal, no menor que el espiritual.

Es un bien temporal, por ser un respiro de la fatiga incesante de su estado: respiro completamente indispensable, porque no hay hombre que

pueda resistir un trabajo contínuo. Obsérvase por esto que los desventurados que tienen la mala costumbre de trabajar en los días festivos, dejan el trabajo en otros; respiro que además ejerce una influencia moral en toda la vida del pueblo. La pluma enérgica del Sr. de Cormenin mostró en estos últimos años lo que era en el campo el día festivo, y en cierto modo puede decirse lo mismo del de la ciudad. Toda la semana el aldeano ó el campesino, absorto en su trabajo, no piensa en sí: no se cuida de su cuerpo ni de su espíritu. Para el día festivo prepara sus vestidos convenientes, lo cual le da la costumbre de la limpieza y de la decencia. La mujer tiene una excitación contínuo al trabajo, porque no quiere que desluzcan sus hijos en el día de fiesta. La muchacha se hace industriosa, porque no querrá ser ménos que sus iguales. En aquel día se tornan á ver los parientes y los amigos, lo cual estrecha los lazos de la familia; la mayor abundancia en los alimentos, ya que no espléndidez, y el descanso de un día avigora el cuerpo y lo fortalece para las fatigas del propio estado: el alma misma se rehace, y el hombre se halla enteramente confortado. ¡Gran cosa! Tantas declamaciones en favor del pueblo, y despues no se comprenden sus ventajas primeras. Es verdad que el pueblo no tiene quien le ame con sinceridad, si se prescinde de la Iglesia.

Dichas ventajas temporales de las fiestas son nada respecto de las espirituales. El pueblo tiene un alma que cultivar, ni más ni ménos que los bien acomodados, y necesita tambien la instruccion cristiana y religiosa, so pena de no salvarse. Ahora bien. ¿Cuándo podrá el pueblo atender á ella si le quitais los días festivos? Si necesita pan material, no tiene menor necesidad de saber las verdades que se refieren á Dios, los dogmas de su fe, cómo ha de practicar la justicia, cómo ha de ser honesto, cómo ha de instruir á su prole, y cómo ha de domeñar sus pasiones. Por todo esto ha de conocer los motivos que le pueden inducir, y escuchar las exhortaciones que lo persuadan, así como las verdades y los principios que lo conserven firme. Si no carece

de pasiones, de peligros y de sugeriones, no puede ser de otra manera.

Pues bien. Los días festivos, un poco multiplicados, son los únicos que pueden proveer á tantas necesidades. En ellos oye aquella palabra de vida que, sobre ser tan sublime, por ser celestial, es la más inteligible para el pueblo, como adaptada á él por la sabiduría de Dios; en ellos se consagra un poco á la oracion, y se hace mejor; en ellos á veces se limpia del pecado y se acerca á la Mesa eucarística, y reforma sus costumbres, y se une con Dios. En las fiestas se acuerda de Jesus su Redentor, de María su Madre, de los Santos sus abogados y patronos, y respira las áuras de la inmortalidad. Sé bien que á no pocos estas consideraciones parecen impertinencias, comparadas con los grandes y altos motivos del interés y de la economía, pero con su pan se lo coman: los católicos creemos que el hombre está en la tierra con el único fin de salvarse, y no podemos despreciar los medios indispensables para conseguirlo.

Por esto, dicho sea como de paso, no podemos condenar bastante la mala costumbre que se va introduciendo de trabajar y hacer trabajar en los días festivos. El pésimo y sacrilego uso extiéndose cada día más en las empresas particulares, y váse abriendo camino en las obras públicas. Señores irreligiosos hácia Dios, é inhumanos respecto del prójimo, pretenden de sus obreros, de sus criados y de sus dependientes que atiendan en los días festivos á sus campos, á las obras ruidosas de las oficinas, y al servicio de las tiendas, llegando á excluirlos en los demás días si no se presentan en los de fiesta. Igualmente ciertas maestras, sastras, módistas y costureras exigen que sus trabajadoras pasen gran parte de los días festivos en su casa, y ¡ay de aquellas que no lo hacen, porque son brutalmente despedidas! Hácese otro tanto en los campos y en las fábricas de hilados, tan numerosas en determinadas provincias. Enfurécense los amos y los sobrestantes si aquellas míseras muchachas dejan de trabajar en los días festivos. Más bien sufrirán que se

vayan á paseo en los demás, que no que santifiquen las fiestas. Dios les guarde de esto. ¿Qué diré de ciertos municipios francmasones, ó que sirven á la francmasonería, los cuales, por todos los medios, compelen á la profanacion de las fiestas? Invadidos por la manía de difundir la instruccion, ¡y qué instruccion! han apestado la ciudad de escuelas festivas. Algunas se abren muy temprano y duran casi toda la mañana, haciéndose lo mismo despues del mediodía. Ensénase allí el dibujo, y la lengua italiana, y el francés, y el tudesco, y la historia natural, y la física, y el demonio, con tal que sea el pueblo apartado de la Iglesia. Oblígase á los maestros y á las maestras subvenidas por los municipios á que se presten para las lecciones de los dias festivos, animándose tambien á los maestros particulares á fin de que den lecciones voluntarias. No queda tiempo para oír misa, ó se oye con solicitud que nada tiene que ver con la de orar. La palabra de Dios, tan precisa, es olvidada de todo punto; no se puede atender á la instruccion de la doctrina cristiana, ni á la frecuencia de los Sacramentos, ni á las congregaciones espirituales, quedando sólo del dia festivo alguna hora que conceder al reposo, cuya necesidad experimentase, ó que gastar en comilonas.

Ahora bien; hay en todo esto una desmesurada impiedad hácia Dios, y una crueldad bárbara contra el prójimo. La impiedad hácia Dios es evidente, por lo que más arriba manifestamos. Si Dios tiene derecho á ser honrado, y sólo puede lograr que se lo reconozcan en los dias festivos, ¿qué son aquellos ribaldos que hallan ruines razones y pretextos para quitar á Dios sus adoradores? ¿Valen más vuestra civilizacion y vuestros progresos que el honor divino? ¿Vale más vuestra autoridad que la de la Iglesia? ¡Ah! ¡A su tiempo vereis si las leyes hechas por Dios contra los profanadores de las fiestas son inútiles declamaciones!

Existe tambien crueldad respecto del prójimo. Nadie puede sostener mucho tiempo las fatigas sin el necesario reposo. Realmente vemos que muchos

de los que trabajan en los dias festivos, dan luégo el lunes á la crápula y al descanso, porque no pueden resistir el trabajo incesante; los que no pueden reposar el lunes, consumen sus fuerzas ántes de tiempo. Empero es más bárbara todavía la crueldad contra las almas. Suprimidas las fiestas, aquellas míseras criaturas quedan desheredadas de todos los conocimientos necesarios para su salvacion. No saben lo que deben creer, anublado su fé la impiedad moderna, y envolviéndolos en el error. Es dissipado por ellos aquel patrimonio inestimable de principios sanos, de justas máximas y de santas operaciones que recibian de la ley de Dios, sirviéndoles de guía: caen, por consecuencia, en una brutal ignorancia de los más estrictos deberes que les competen como jóvenes, como casados, como padres, ó como ciudadanos. Con los ejercicios de piedad, de que son privados, viene á faltarles tambien aquel calor santo de fervor y devocion en la vida cristiana que necesitarian para preservarse, siendo en su virtud señuelo de sus propias pasiones ó de los escándalos de los demás. En una palabra, quitándoles la educacion religiosa, se forman malvados para la sociedad, impíos para la Iglesia, infelices para la vida presente y réprobos para la futura. Para todo esto se recurre á una extremada violencia, porque muchos, por conciencia, querrian emplear de otra suerte los dias festivos. Es inútil: son arrancados de la Iglesia, conducidos al trabajo y arrojados en los talleres por los que se prevalen de su pobreza para encadenarlos despiadadamente. ¡Pobres muchachos, míseras jóvenes é infelices artesanos que vivís en un siglo de tan profunda perversidad que, al paso que os prometen ventajas temporales que nunca se consiguen, os despojan de los verdaderos bienes, que son los eternos! ¡Si os sirviese á lo ménos de experiencia un engaño tan pérfido, y os hiciera conocer de una vez á los felones que os hacen traicion!

¡Pero qué! alguno replica: ¿teneis á la ciencia en tan poco que juzgais malo el empleo de las fiestas en su favor? ¡Ah! Yo aprecio la ciencia algo

más de lo que la estiman los hipócritas que fingen adorarla. Hé aquí lo que respondo, y notadlo bien.

1. Me causa gran temor la ciencia que se propina en Italia en los dias festivos, porque con frecuencia vemos en los superintendentes de la enseñanza, en los directores y en los maestros hombres que, sobre no inspirarnos la menor confianza, nos dan mucho fundamento para temer que, á pocos y míseros conocimientos humanos, añadan muchos graves errores en materia de moral y de religion.

2. Aún cuando los maestros fueran siempre lo que deberian ser, y enseñasen verdades científicas, no sería tan estúpido que antepusiese la utilidad que puede provenir de un poco de aritmética, de dibujo, de física y de historia natural, sin excluir, por último, la profunda y magna gimnástica, á la ciencia de la ley eterna de Dios, y al conocimiento de la revelacion cristiana, que da la vida, el alma y el bienestar á los individuos que la poseen, que forma las buenas costumbres, el orden, la hermosura de la sociedad, y que, sobre todo, es la única que puede asegurar á sus poseedores, despues del relámpago de la vida presente, la beatitud que no tiene fin.

3. Ultimamente juzgo que, ó no es capaz el pueblo de civilizacion, ó que apréndela sólo de la Iglesia. Un poco de instruccion no es sino barniz, máscara y apariéncia de civilizacion. La civilizacion verdadera florece sólo en un ánimo que sabe vencer sus pasiones y respetar los derechos de los otros, pero principalmente los del Señor ántes que los de los hombres, y que hace todo esto por principio, por deber y por conciencia. Ahora bien: todos los conocimientos del mundo, desunidos de la Religion, no producen tales efectos, como vemos sucedió en las repúblicas de los griegos, de los romanos, de los chinos, de los egipcios, y vemos diariamente aún en hombres doctos, que son malvados profundísimos. Y el motivo es notorio, porque la civilizacion verdadera no es fruto principalmente del entendimiento amaestrado en la verdad, sino de la voluntad al amor del bien inclinada. Ahora bien; sólo la Iglesia forma esta voluntad, porque sólo ella

tiene un conocimiento del bien sobrenatural del hombre, la palabra que con autoridad lo expone, y la gracia en los Sacramentos, que puede mover dicha voluntad, siendo, por lo tanto, la única que verdaderamente educa y produce la bien comprendida civilizacion. Hasta me atrevo á decir que la cultura de todas las escuelas imaginables, sin la Iglesia, produce en el pueblo un efecto contrario á la civilizacion. Como lo que se aprende en las escuelas no es nunca sino una tintura superficial del saber, no hay en ésta lo necesario para instruirlo, y en cambio sobra lo preciso para hincharlo de soberbia desmedida. En su virtud, viene á despreciar todos los órdenes superiores al suyo. Se insolenta contra los regidores civiles, enfurécese contra los ministros eclesiásticos, desprecia el pasado que no conoce, y no se cree venido al mundo para observar la ley, sino para formarla. ¿Y entre tanto? En el interin se revuelve como un cerdo en el fango de todos los vicios. No puede sufrir el estado en que le ha puesto la Providencia, deseando, en su virtud, los hurtos, las rapiñas, la comunidad de bienes y el socialismo. Avido de goces materiales, se quiere sentar en el banquete de las naciones, y al mismo tiempo que consume cuanto gana en burdeles y tabernas, medita conjuras y revoluciones para pescar ámpliamente. La impotencia de su espíritu le transforma en un sér asqueroso: tantas son las blasfemias, furores é impiedades á que se abandona; como el fruto más insigne que ha recogido de toda su cultura es saber leer, se vale de la lectura de novelas súcias, y de periódicos blasfemos ó conspiradores, para corromper su mente y apestar cada dia más su corazon. Hé aquí lo que produce la ciencia al pueblo propinada del modo que se acostumbra en el siglo presente, que ha declarado la guerra á la educacion de la Iglesia. Acaso alguno, al leer estas cosas, sentiráse compelido á enfurecerse contra mí, porque soy imprudente hasta el punto de redactarlas; pero le suplicó que deje sus furores, demostrando solamente que no pasa esto en Francia y en Alemania, como tambien que no sucede

ahora lo mismo en Italia y donde quiera que la instruccion fué separada de la enseñanza religiosa, declarándome desde ahora dispuesto á retractarme de cuanto llevo escrito hasta hoy, y á pedir mil excusas por haber calumniado al pueblo.

Dejando esto aparte, ¿creeis, alguno me preguntará, que el pueblo se vale de las fiestas para lo que decís? Seríais bien cándido si tal pensáseis: ¿no veis que no se sirve de ellas sino para desórdenes, para la ociosidad, para consumirse en el juego y en las tabernas? Os responderé ante todo que esto universalmente es falso, pues muchos en la ciudad, y muchísimos en el campo, se sirven tambien de ellas para las obras piadosas del culto divino: supongamos, con todo, que algunos las dediquen á diversiones impropias de dichas solemnidades. Advertid que si, en consideracion á los que no observan debidamente las fiestas, las quitáseis á todos, vendríais á privar áun á los buenos de aquello que usan bien, y á lo cual tienen derecho: á fin de alejar el peligro de hacer mal, quitaríais hasta la posibilidad de hacer bien, que es cosa contraria á toda ley de justicia, no ménos que de prudencia. Tambien yo tengo que preguntaros á este propósito una cosa. ¿Y por qué las fiestas son empleadas por tantos en la ociosidad y en los desórdenes? ¿Cuál es la razon principal de todos éstos? Si se respetasen un poco más las leyes de la Iglesia, que mandan quitar las ocasiones, con tener cerrados cafés, fondas y otros sitios, ¿no se habria hecho mucho ya en favor del pueblo? La cosa marcha de muy diverso modo, y dejad que lo diga claramente. Administraciones imprevisoras, interesadas ó irreligiosas, parece que no hallan cosa mejor que hacer todo lo posible para desviar al pueblo, en los dias festivos, de las iglesias y de los ejercicios del culto. En las fiestas se autorizan todos los bailes, todos los espectáculos, todas las representaciones que pueden atraer á la multitud; y ¡desgraciado aquel pastor de almas que procurase tomar alguna determinacion! No conseguiria más que una respuesta fria, ya que no una repulsa. En los dias festivos se han de hacer los

pagos en no pocas administraciones, y las revistas de tropas, y las elecciones de diputados: cien otros asuntos privados y públicos se dejan para la fiestas precisamente por la autoridad que deberia prohibirlo. En las fiestas, además, de algun tiempo á esta parte, como si no bastasen las antiguas excitaciones al desorden, se han inventado en los caminos de hierro los *viajes* llamados *de placer*, y hé aquí de cada ciudad, por no decir de cada aldea, una multitud de artesanos, de maestros, de dependientes de comercio y de otras personas vulgares que salen fuera y hacen correrías por todas partes para comer bien y solazarse. No hablo aquí del daño de gastar en un dia lo que han ganado en una semana, con perjuicio gravísimo de la familia necesitada, ni hablo de que se acostumbra á una vida de crápula y de regalo, por la cual pierden el amor á la familia, y no hallan dulzura de ningun género en los goces moderados de ella: hablo solamente de lo que hace á mi propósito. ¿Dónde existe la posibilidad de atender á la Iglesia? Al amanecer preciso es partir: apenas llegados, omitido todo pensamiento religioso, todo se va en correr, beborrotear y cosas peores, hasta que por la noche, rendidos por la fatiga y trastornados por los licores, vuelven á casa y entran de nuevo en ella con la blasfemia en los labios á espantar á la mujer y á los hijos. Ni este olvido de la Iglesia se pára en ellos, porque infesta grandemente á muchos de los que están á su alrededor. Cocheros, fondistas y criados tienen que hacer desde que despunta el dia, esperando á los que llegarán, y en todo se ocupan ménos en el culto divino. Miles de personas en los caminos de hierro quedan fuera de toda posibilidad de atender á la Iglesia, porque están en aquellos dias más ocupadas que nunca. Por lo cual se difunde en todas las clases del pueblo una ignorancia increíble de las cosas de Dios: á la ignorancia se añade su efecto ordinario, á saber, una corrupcion animal, y la sociedad vuelve á ser así pagana, si no cosa peor, por cuanto la corrupcion que nace de la civilizacion es más hedionda que la producida por la barbarie. Es-

cribo estas cosas, no porque aguarde ver su remedio, porque me figuro que no hay en los tiempos que corren valor cristiano capaz de aplicarle, sino para que cada uno á lo ménos vea que sufrimos nuestros males por no atenernos estrictamente á las leyes eclesiásticas, y que si el pueblo no se sirve de las fiestas como debiera, no tiene una parte de la culpa.

II. La otra objecion se refiere al ornamento de las iglesias. *¿Qué necesidad hay de tanto aparato y de tanto lujo? ¿No se podria más útilmente dar á los pobres lo que se malgasta de tal modo?* Esta objecion es tan antigua como el Cristianismo; mas lo que acaso no todos advierten bastante, es que el primero en aducirla fué Judas, que vendió á Jesucristo. Habiendo visto que la Magdalena habia derramado con gran lujo un vaso de unguento precioso en honor de Jesus, alzó la voz y dijo que hubiera sido mucho mejor venderlo, é invertir su producto en los pobres. Mas el divino Maestro no se mostró muy satisfecho de aquella caridad hácia los menesterosos: lo reprendió, le hizo callar; y volviéndose á la Magdalena, alabándola grandemente, la prometió que aquella obra recibiria un honor sempiterno en su Iglesia.

Y en verdad, ¿han ponderado lo que dicen los que reprenden la riqueza y ostentacion de los templos sagrados? ¿Han considerado que los templos son erigidos en honor de la Divinidad, y que lo que en ellos se usa sirve para el culto en obsequio de la misma? Consideraciones tan óbvias debieran cerrar su boca eternamente para toda reprension. Dios es Señor supremo de todo: ¿no es justo que sea reconocido como tal? Ahora bien. ¿De qué otra manera demostraremos que le amamos sobre todas las cosas, sino ofreciéndole todo lo mejor que hallemos en el mundo? Las piedras preciosas, las perlas, la plata y el oro, las sedas y los perfumes, son los objetos que más estimamos; pues que sean empleados en torno de El. Ni diga nadie aquella niñada de que Dios no tiene necesidad, porque mostraria que no comprende siquiera la razon en que se funda la ne-

cesidad de la magnificencia exterior: no es la precision que tenga Dios, sino la precision y el deber que tenemos nosotros de tratarlo lo ménos indignamente que nos sea posible, y de ofrecerle lo que más acredita nuestra sumision, reverencia y amor. Tampoco un Monarca que descienda á vivir familiarmente algun dia con un súbdito suyo, tiene necesidad de la esplendidez con que le trata, porque, si la quiere, la encuentra en su palacio; mas ha de usarla con él, porque así conviene á su condicion de súbdito y á la real dignidad.

Y esto es tan óbvio por la luz natural de la razon, que en todas las edades y en todos los pueblos, incluso los más bárbaros, empleóse la grandeza más solemne en el culto de la Divinidad. Las pagodas de la India y los templos de Méjico no ceden en suntuosidad á los de Grecia y Roma. Las mezquitas de los turcos y los edificios religiosos de la China, del Thibet, de la Persia y del Egipto, son cuanto de más augusto supieron formar la industria, las riquezas y la civilizacion de cada pueblo. Son testimonios elocuentísimos los muchos objetos para los sacerdotes, sus vestiduras, los vasos de plata y oro empleados en los sacrificios, los inciensos y los perfumes, dispuestos en torno de las aras, que se usan aún en nuestros dias en las naciones idólatras, ó cuyos monumentos se conservan en los gabinetes y en los Museos de las naciones cristianas. Cada pueblo adivinaba que, tratándose de la Divinidad, no se podia admitir nada que no fuese limpio y precioso, puro y selecto. Mas nosotros tenemos una prueba mayor en lo que ordenó el mismo Dios en la Ley antigua: quiso un templo que fuese la maravilla del mundo, en el cual empleó plata, y oro, y piedras preciosas, y maderas odoríferas, y entalladuras, y trabajos exquisitos, hasta el punto de que si su descripcion no estuviera en los libros sagrados, no se podria creer. ¿Qué es, por tanto, esto sino una prueba evidente de que á Dios complace semejante magnificencia? Ahora bien; si la queria en el templo antiguo, que no conservaba de santo más que el Arca con un poco de maná, que no era sino

figura del Sacramento de nuestros altares, ¡cuál deberá ser la magnificencia de los templos cristianos, que contienen con toda verdad presente al Rey de los reyes! ¡Ah! ¡Bien diversamente de nosotros sentían nuestros mayores, que nos trásmitieron nuestras catedrales inmensas, con sus ornamentos maravillosos!

Si estas razones no moviesen á los hombres para los cuales no tienen sabor las cosas de Dios, que además quieren del todo el bien de los pobres, podremos responderles: ¡oh! ¿por qué quereis que sólo la casa de Dios prescinda del lujo en beneficio de los pobres, y gastais en tantos adornos que cuestan mucho más? ¿Por qué no declamais contra la magnificencia de los teatros que se levantan de nuevo anualmente en tantas ciudades, cada una de las cuales procura construirlos mas espléndidos, con aquella utilidad para las buenas costumbres y con aquella economía privada y pública que todos saben? ¿Por qué se tolera con tanto silencio el lujo de las casas particulares, que, creciendo cada día, no deja nada de lo supérfluo que repartir á los pobres? ¿Por qué ni una palabra siquiera contra el lujo mujeril, que se convierte en un peso intolerable para las familias, supuesta la infinita variedad de modas que diariamente se inventan? ¿No habria que gritar un poco por todos estos gastos inutilísimos, ántes de combatir la magnificencia de los sagrados templos y de sus adornos? ¡Ah! ¡Cuán sospechoso es aquel celo para el bien de los pobres!

Finalmente, el lujo de las iglesias es sólo el que redunda en provecho hasta de los pobres. Aun el pueblo que no participa de los teatros, de los salones y de las reuniones floridas, goza del esplendor de la iglesia. El aldeano entra ella como en su casa, se postra delante de los altares al par del príncipe, pasa la vista por los ornamentos, disfruta de aquel espectáculo, y olvidando un poco las miserias de su tugurio, no se juzga tan desheredado de los bienes de la tierra como ántes se creía. Es tan grande el gusto que experimenta al poseer un templo magnífico en su aldea, que, por muy pocos bienes que

tenga, nunca dejará de dar su óbolo cuantas veces se trate de adornarlo ó enriquecerlo con cualquier preciosidad.

Y no sólo es gusto el que saca, sino tambien beneficio. No quiso Dios el esplendor de los templos sin profundas razones. Al hombre dotado de sentidos nada le habla tan fuertemente como lo que cae bajo ellos: de aquí que la vastedad del templo, la suntuosidad de los altares, la riqueza de los adornos, la preciosidad de los vasos y el perfume de los inciensos, sean la primer leccion que aprende de la grandeza de la Divinidad. Dios, segun la hermosa protección de David, será conocido un dia en su casa: *Deus in domibus eius cognoscetur*; y quiere que por el esplendor de la casa se llegue á conocer la majestad del habitador. Y á decir verdad, por muy filósofo que alguno sea, es imposible que no sienta cómo se agranda en su espíritu el concepto de Dios al poner los piés en una de nuestras majestuosas basílicas. Aquellas atrevidas bóvedas, aquellos mármoles preciosos, aquellas estatuas, aquellos cuadros, aquellos altares, cada uno de los que vale un tesoro por la materia y frecuentemente por el arte, hacen conocer que ya no se trata de las mezquinas grandezas de los hombres, sino del inmenso, del infinito, del inmortal, de Dios. Ni el corazon puede permanecer frio en aquella vista, si es verdad que cuando el entendimiento precede, ha de seguir la voluntad y el afecto. Por esto el alma se siente como arrebatada, fuera de sí, recogida, casi sin que lo advierta, en Dios; mil afectos sublimes, que acaso no sabe comprender, y que no sabria explicarse, la cercan enteramente. Y si añadís despues las ceremonias, los ritos y los cánticos que la santa Iglesia usa en medio de sus pompas, el sonido grave y armonioso de los órganos, los hábitos sacerdotales, los cirios que arden, etc., etc., habreis subyugado completamente los sentidos en servicio de la piedad. Cierto el ilustre San Agustin escribia de sí que las más dulces lágrimas que habia derramado, habíalas derramado en Milan, cuando el eminente obispo San Ambrosio celebraba con aque-

